

DIEGO SALAZAR (COORD.)

# POPULISMOS

## UNA OLA AUTORITARIA AMENAZA HISPAÑOAMÉRICA

Carlos Manuel Álvarez • Carlos Dada • Ramón González Férriz •  
Carlos Granés • Catalina Lobo-Guerrero • Daniel Matamala • Isabela  
Ponce Ycaza • Ricardo Raphael • Alberto Vergara  
• Yanina Welp • María Teresa Zegada Claure

*Ariel*

## 10

# El populismo intrascendente: el extraño caso de Pedro Castillo

Alberto Vergara

Es difícil imaginar un populista fracasado. En cuanto se menciona la palabra, pensamos en Perón y Getulio Vargas, en Velasco Alvarado y Lázaro Cárdenas, en Hugo Chávez y Evo Morales, líderes descomunales que trazaron un antes y un después en la historia de sus países. Sus partidarios aseguran que encabezaron procesos de incorporación, transformación o inclusión, mientras sus detractores subrayan la manera en que erosionaron —o, de plano, liquidaron— sus democracias al atacar las garantías individuales, la división de poderes o la libertad de prensa. Pero, al margen de las preferencias de cada quien, el populismo en América Latina remite casi por reflejo a proyectos políticos que marcaron a fuego sus respectivos países.

En este capítulo me centro en el populismo de Pedro Castillo, el presidente peruano, quien encarna una forma contraintuitiva del populismo: el populismo intrascendente. No se trata simplemente de un populismo frustrado, como hubo tantos y por diversas razones en la región —pensemos en Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA en el Perú; Velasco Ibarra, Abdalá Bucaram y Lucio Gutiérrez en

Ecuador; Collor de Mello en Brasil o Manuel Zelaya en Honduras. El de Castillo pertenece a otro costal.

Como candidato y mandatario, utilizó las estrategias populistas típicas, pero la mediocridad política e intelectual, junto a una corrupción ramplona, le impidió conseguir los propósitos tradicionales del populismo latinoamericano de izquierda: ni construyó una identidad política fuerte que divida al país (el castillismo), ni encarriló el país hacia el reemplazo de la Constitución de 1993, la medida concreta que encarnaría mejor la retórica y promesa general de cambio con la que llegó al poder. Así, impopular y estéril, Castillo encarna el extraño síndrome del populismo intrascendente.

### El populismo en dos pasos

El *populismo* es un término curioso. En ciencia política es uno de los conceptos cuya definición genera menos consenso —comparado, por ejemplo, con Estado, democracia o ciudadanía— y, sin embargo, es uno de los más utilizados. El principal consenso sobre la definición del populismo es que no hay consenso. No pretendo aquí, entonces, entrar en los debates sobre las distintas aproximaciones teóricas al fenómeno, sino brindar una descripción de ciertas características que encontramos con recurrencia en los trabajos sobre el populismo. Dividiré estas características en dos bloques.

Primero, uno que podríamos llamar «la puesta en escena del populismo», en el cual encontramos ciertas ideas, retórica y un estilo. Y, el segundo, es la «institucionalización del populismo», un momento en el cual se va más allá de la «puesta en escena» y, atravesando el alambique de la economía política, consigue reconfigurar de manera inobjetable la vida política de sus países.

Pensemos en Hugo Chávez, por ejemplo. Como candidato y en los primeros años de presidente despliega un arsenal de fuegos

artificiales populistas. Es el período de encandilamiento. Pero la estabilización del régimen populista se debió menos a los sortilegios retóricos y afectivos que a la construcción audaz de un nuevo orden político y constitucional. Se crearon coaliciones, infinidad de nuevas organizaciones de «sociedad civil», se arrinconó a la oposición, se alteró definitivamente el balance de poderes en el país y una cascada de petrodólares fue clave para reconfigurar el tablero político venezolano. O sea, la puesta en escena del populismo puede ser distinguida de la «rutinización del populismo» o de su «sostenibilidad en el tiempo».¹

Pero vayamos por partes. Comencemos con los elementos que dan forma a la puesta en escena del populismo. En primer lugar, encontramos una retórica que divide a la ciudadanía; una división que superpone lo político, social, económico y moral: nosotros somos el pueblo virtuoso y limpio y aquellos son las élites corrompidas y egoístas. El adversario aparece como una inaceptable mezcla de rico, inmoral y *quasi* extranjero (o seminacional). Recordemos a Donald Trump diciéndole a cuatro diputadas norteamericanas de origen familiar extranjero que se regresaran a su país. Para el populista *mi* pueblo es el «puro y auténtico» y no hay espacio para otro.²

Además de este discurso, muchos autores enfatizan que el populismo no se comprende sin un líder fuerte y muchas veces carismático que domina la política y construye vínculos especiales con la población.<sup>³</sup> Como afirmó en algún momento la académica Chantal

<sup>1</sup> La idea de «rutinización del populismo» viene de Knight, Alan, «Populism and Neo-Populism in Latin America, Especially México», en *Journal of Latin American Studies*, vol. 30, núm. 2, mayo 1998; «sostenibilidad del populismo» proviene del artículo Barrenechea, Rodrigo, y Jason Seawright. «Populism and the Politics of Identity Formation in South America». En (eds.) Steve Levitsky, Deborah Yashar y Diana Kapiszewski. *The Inclusionary Turn in Latin American Democracies*. Cambridge University Press, 2021.

<sup>2</sup> Mudde, Cas. «An ideational approach». *The Oxford handbook of populism* (2017): 27-47.

<sup>3</sup> Weyland, Kurt. «Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin American politics». *Comparative politics* (2001): 1-22.

Mouffe, teórica y entusiasta del populismo, «no puede haber momento populista sin líder, es evidente».<sup>4</sup> El gran personaje de la política, entonces, no es ni el ciudadano, ni la ciudadanía, ni los partidos, ni los movimientos sociales: es el líder. Un líder que debe construir su equivalencia con el pueblo. «Yo no soy un hombre, soy un pueblo», afirmó Jorge Elícer Gaitán, el gran líder colombiano, en una de las frases más perfectamente populistas. Más que representar al pueblo, asegura encarnarlo.

Para llevarlo a cabo hace falta un tercer elemento: el líder y sus encuentros con la gente tienen sabor y olor a pueblo. Por eso el historiador Alan Knight enfatiza que el populismo es un estilo y no una ideología.<sup>5</sup> Se trata de una genuina presencia popular. Desde los corsos de samba rodeando a Getulio Vargas hasta la irrupción de los «descamisados» que dan nacimiento al peronismo en la plaza de mayo en 1945 («mis grasitas», les dirá Evita), el pueblo y sus manifestaciones culturales forman parte esencial de la puesta en escena populista.

Otro ejemplo: en un debate presidencial ecuatoriano, un circunspecto candidato prometió comida, casa y trabajo; cuando intervino el populista Abdalá Bucaram, este afirmó que si su oponente ofrecía comida, casa y trabajo, pues él daría «jama, caleta y camello», que significaba exactamente lo mismo, ¡pero en jerga!<sup>6</sup> Un estilo, más que una ideología.

Finalmente, el populista *incontournable* suele ser un animal mediático, imparable e imbatible frente a una cámara o con un micrófono. Después de todo, la época dorada del populismo estuvo asociada

<sup>4</sup> Citado en Rosanvallon, Pierre. *Le siècle du populisme. Histoire, théorie, critique*. (Seuil, 2020), p. 51.

<sup>5</sup> Knight 1998, *op. cit.*

<sup>6</sup> Ver Freidenberg, Flavia. «Jama, caleta y camello». *Las estrategias de Abdalá Bucaram y el PRE para ganar elecciones*. Quito: Corporación Editora Nacional (2007).

a la emergencia de la radio y luego los populistas sacaron provecho de la televisión. Hugo Chávez y Rafael Correa, por ejemplo, eran unos verdaderos prodigios mediáticos, capaces de divertir, emocionar y hasta recitar o cantar si hacía falta.

Estos días *Las mañaneras* de Andrés Manuel López Obrador en México reproducen el fenómeno (aun con un ritmo pausado que uno presumiría destinado al fracaso en nuestros tiempos acelerados). Y tal vez nadie fue tan consciente de su papel como político, presidente y *entertainer* que Donald Trump. De hecho, al rememorar su triunfo presidencial lo caracterizó como «una de las grandes noches de la historia de la televisión». La política como espectáculo es una herramienta para conseguir los propósitos populistas.

Pasemos de «la puesta en escena del populismo» al segundo movimiento, el que permite su institucionalización. Aquí también encontramos elementos de diferente naturaleza. Jan-Werner Müller subraya que «el populismo siempre es una forma de política identitaria (*a form of identity politics*)».<sup>7</sup> El populismo implica, entonces, la construcción de un campo político propio en oposición a otro, una dicotomía que, como veíamos más arriba, debe ser binaria —o ellos o nosotros—; no se trata de una identidad política en medio del pluralismo. La construcción y establecimiento de esa identificación política es la principal fortaleza electoral del populismo. Y esa identificación fervorosa no se construye en unos pocos meses, requiere un trabajo constante. Pero una vez lograda el populismo puede perdurar.

Para conseguir este realineamiento político de una gran parte del electorado, varios mecanismos aparecen a la orden del día. El principal suele ser el reordenamiento del poder en el país a través de

<sup>7</sup> Müller, Jan-Werner. *What is populism?*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, (2016), p. 3.

la convocatoria a una Asamblea Constituyente que genera una nueva Constitución a la medida del líder.

Chávez, Correa y Evo Morales hicieron campañas sobre la necesidad de reemplazar sus viejas constituciones con unas nuevas que «refundaran» la patria. Más allá de la retórica y de los propósitos aludidos, el recambio constitucional cumplió con el papel de reescribir las reglas del juego político en favor del proyecto populista y, por esa vía, arrinconar a la oposición política, los medios de comunicación, la sociedad civil y todo aquello que se interpusiera en los planes del oficialismo.

El mecanismo constitucional, entonces, es el que nos acerca a lo que Pierre Rosanvallon llama «la irreversibilidad del populismo»: una vez constitucionalizado se hace muy cuesta arriba deshacerse de él.<sup>8</sup> Esa constitucionalización, por lo demás, también suele abrir la puerta al uso de los recursos públicos con propósitos partidarios, estableciendo redes clientelares en algunos casos o formas corporativas de redistribución que ayudan a cimentar las nuevas identidades políticas.

Entonces, hasta aquí he mostrado dos dimensiones del populismo, la «puesta en escena del populismo» y luego las herramientas que permiten la consolidación del líder populista y su proyecto. Antes de terminar este rápido repaso es importante señalar que, más allá de las estrategias y herramientas del populismo, en nuestros países estos experimentos tienden a producirse en la medida en que se desarrollan en contextos que los favorecen. En un plano social, explotan las diferencias y los temores que recorren la sociedad. La adhesión al populismo pasa por exacerbar la desconfianza, las distancias y hasta el desprecio que las atraviesa.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Rosanvallon, *op. cit.*

<sup>9</sup> Rosanvallon, *op. cit.*

Lo que el populismo realiza es dotar de un rostro político a las distintas fisuras que atraviesan la nación. Desde luego, se trata muchas veces de un rostro caricaturesco, exagerado y hasta grotesco, pero no deja de ser uno realizado a partir de rasgos existentes. En sociedades desiguales, donde largas porciones de la ciudadanía son incapaces de hacer valer sus derechos y pasan por privaciones y vejaciones recurrentes el populismo es una forma de *accountability* tumultuoso y malhumorado contra las élites y el sistema imperante. Finalmente, en un plano político, ahí donde los sistemas de partidos se han debilitado o colapsado, la emergencia del *outsider* populista es mucho más probable.<sup>10</sup>

## Castillo populista

Primero fue el estilo. Casi nadie sabía quién era Castillo hasta el primer debate presidencial en marzo del 2021, apenas dos semanas antes de la primera vuelta presidencial peruana. Sin embargo, en medio de una galería de candidatos grises, las miradas se las llevaba uno con un sombrero de paja de copa alta. El sombrero anticipaba una identidad que luego se conocería en detalle: maestro rural, campesino y rondero (milicias rurales de autoprotección). Y dichas características no eran una creación marketera electoral. Castillo, efectivamente, provenía de los márgenes de la vida nacional. Era el más puro *outsider* en la tierra de los *outsiders*.

Antes de ser presidente, Castillo era maestro de la escuela primaria número 10465 del centro poblado de Puña, distrito de Tacabamba, provincia de Chota, departamento de Cajamarca, al norte del

<sup>10</sup> Levitsky, Steven y Kenneth Roberts, *The resurgence of the Latin American left* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2011).

Perú.<sup>11</sup> No hay forma de exagerar su condición humilde y periférica. A su escuelita rural acudían 43 niños. En muy pocas democracias del mundo alguien de estos sectores puede llegar a presidente. En todo caso, antes que un discurso o un programa, Castillo fue la irrupción genuina de lo rural y de lo que los peruanos llaman «el Perú profundo», usualmente identificado con lo cándido y puro frente a la corrompida capital. De ahí que Carlos Meléndez lo describa como un populismo «silvestre».<sup>12</sup>

El estilo vino acompañado de dos elementos tradicionales del populismo: el discurso y el líder providencial. El discurso vale la pena dividirlo en dos componentes. De un lado estaba lo programático: la candidatura de Castillo prometía, al igual que toda la izquierda del siglo XXI, acabar con el neoliberalismo y su orden injusto y desigual.

En el Perú, la manifestación aterrizada de este propósito ha sido siempre la derogación de la Constitución de 1993 que produjo el gobierno autoritario de Alberto Fujimori y que redibujó las relaciones entre Estado y mercado en el país.<sup>13</sup> Debajo de este discurso característico de la izquierda aparecían muchas otras propuestas: controles de precios, «mano dura» contra la delincuencia con un énfasis xenófobo contra los venezolanos, un moralismo religioso (siendo Castillo un evangélico) y una transparente voluntad por desmantelar las instituciones regulatorias del Estado, como el organismo a cargo de la educación superior y la dependencia que lida con el transporte informal.

<sup>11</sup> González, Natalia, y Moscoso, Macarena. (2021). Al maestro con cariño (y cautela). En *El Profes*. IEP.

<sup>12</sup> Meléndez, C. (2022). Populistas: ¿Cuán populistas somos los peruanos?. Lima: Debate.

<sup>13</sup> Ver Maxwell Cameron, «From oligarchic domination to neoliberal governance: the Shining Path and the transformation of Peru's constitutional order» en Hillel Soifer & Alberto Vergara (eds.), *Politics after violence: Legacies of the Shining path conflict in Peru*, Austin, University of Texas Press, 2019.

Pero no era esta dimensión programática del discurso la que tenía mayor tracción en el país, después de todo, la derecha también es religiosa, promete «mano dura» y ser flexible con los intereses ilegales e informales. El discurso que de verdad impactó fue uno de tipo moral con gran pedigrí histórico e intelectual en el Perú.

Desde que el poeta y radical peruano Manuel González Prada dictaminó en un discurso célebre en 1888 que «el verdadero Perú» no es el que habita la costa sino el que se encuentra en los Andes, todo proyecto radical peruano se ha apoyado en esa intuición. De hecho, el historiador José Luis Rénique sitúa ahí el punto de partida de una tradición política que denomina «la nación radical». <sup>14</sup>

Es decir, a la fractura social, económica y cultural que objetivamente ha alejado siempre a la costa del Ande, se suma una división moral según la cual la serranía resguarda la posibilidad de regeneración nacional. En sus célebres *Siete ensayos* de 1928, José Carlos Mariátegui lo expresa con claridad: «La nueva peruanidad es una por crear. Su cimiento histórico tiene que ser indígena». <sup>15</sup> Esta tradición, entonces, tiene abolengo y muchos intelectuales peruanos han estudiado la existencia de este sentido común político. <sup>16</sup>

Así, había una tradición política esperando a su líder. Y, como vimos, sin líder no hay populismo. Fruto del azar, en un sistema representativo descompuesto como el peruano, apareció lo que Raúl Asensio ha llamado bien la figura de Castillo como el «provinciano redentor». <sup>17</sup>

<sup>14</sup> Ver Rénique, José Luis, *La nación radical: De la utopía indigenista a la tragedia senderista* (Lima, La siniestra, 2022) y ver también Rénique, José Luis, *Imaginar la nación: Viajes en busca del «verdadero Perú» (1881-1932)*, (Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2015).

<sup>15</sup> José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima, Editorial Amauta, 2005, p. 254.

<sup>16</sup> El historiador Alberto Flores Galindo lo abordó bajo el rótulo de la «utopía andina» y los sociólogos Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart desde la noción de la «idea crítica» en la escuela peruana.

<sup>17</sup> Asensio, R. (2021). El provinciano redentor: Crónica de una elección no anunciada. En *El Profe. IEP*.

El hombre del sombrero vino a encarnar el viejo sentido común del «verdadero Perú» frente al Perú costeño, podrido, afeminado e indolente. Como anota Asensio, lo curioso es que «el arquetipo pareció ser más importante que la persona».<sup>18</sup> Como si los feligreses de una secta se hubieran visto en la obligación de encontrar al mesías que debía aparecer: ¡y lo encontraron! Castillo no defraudó. Hizo del «pueblo» y los «pueblos» el único actor político relevante. Dijo todo lo que quería oír el Perú radical de la serranía y la izquierda limeña, siempre culposa por no ser plebeya y provinciana. En ese momento cuaja el populismo que distingue a Castillo: más que uno programático antineoliberal, moral e identitario.

Como todo populismo dividió el mundo en buenos y malos, prístinos y corruptos, solidarios y discriminadores. Discurso que contó con un aliado inmejorable: sus opositores de derecha se mostraron antidemocráticos, prepotentes y discriminadores.

El comportamiento del bloque que defendió a Keiko Fujimori en la segunda vuelta dejó en claro que bajo el grito «no al comunismo» estaban dispuestos a cargarse a la democracia denunciando un fraude inexistente y que, asimismo, podían respaldar declaraciones y manifestaciones políticas racistas y denigrantes contra Castillo y sus votantes.

Por si fuera poco, Keiko Fujimori había llegado a la elección presidencial siendo la política más impopular del país, lo cual hacía muy difícil que pudiera triunfar (ya en 2011 y 2016 había perdido en segunda vuelta). Así, tanto por el discurso que encarnó Castillo como por la reacción de la derecha, el país se escindió desde un cúmulo de criterios políticos, sociales, morales, económicos, geográficos y culturales. En otras palabras, se desató el río revuelto con el que sueña todo populista.

<sup>18</sup> Asensio, R. (2021). El provinciano redentor: Crónica de una elección no anunciada. En *El Profe*. IEP. p. 62.

El 28 de julio del 2021 Castillo asumió el poder. En su discurso de toma de mando desplegó todos los sentidos comunes de la «nación radical». Ese día el Perú cumplía doscientos años de vida independiente, dos siglos de república. Sin embargo, el provinciano redentor descartó la importancia de la independencia asegurando que esta no trajo «una mejora real para la mayoría de los peruanos» y, agregó con evidente desdén por la república que ese día festejaba su bicentenario, que «nuestra historia... viene de mucho más atrás».

Por milenios, prosiguió, los habitantes andinos encontraron maneras de resolver sus problemas y vivieron en armonía con la naturaleza. Los hombres de Castilla acabaron con ese mundo e impusieron siglos de explotación de las poblaciones y de los minerales que pagaron el desarrollo europeo. Pero ahora, agregaba más redentor que nunca, «el país será gobernado por un campesino, una persona que pertenece como muchos de los peruanos a los sectores oprimidos por tantos siglos». La tradicional división maniquea del populismo en buenos y malos adquiría aquí un carácter milenario.

Ahora bien, este relato maniqueo no era uno puramente político. Lo que le subyace es una interpretación histórica sobre la construcción nacional. La izquierda y Castillo, en ese orden, le proponían al Perú una lectura histórica que contaba con el marco inmejorable de ocurrir en el mismo momento en que se celebraba el bicentenario. Frente a esta narrativa simplista, la oposición quedó petrificada y sin más reacción que la del griterío primitivo (¡comunistas!) o dar rienda suelta a posiciones racistas y reaccionarias.

Tras dos décadas sin más programa que el de engordar el PBI, la derecha aparecía huérfana de una lectura histórica sobre el país. Ante el desafío solo atinaba a una reacción que parecía confirmar el maniqueísmo oficialista. Lo cual es una lástima porque en el Perú hubo otros momentos en que políticos e intelectuales de derecha como Víctor Andrés Belaúnde o José de la Riva Agüero, por nombrar

solamente dos, ciertamente eran anticomunistas, pero produjeron lecturas sofisticadas sobre el proceso de construcción nacional.<sup>19</sup>

Entonces, recapitulemos lo que tenemos hasta aquí: Castillo es el *outsider par excellence* y tanto sus orígenes como su discurso calzaron a la perfección con el populismo que divide a la sociedad en puros y abyectos, ricos y pobres. Enfrente, el gobierno de Castillo encuentra la oposición que necesitaba, una que insulta, denigra y que intenta realizar un golpe de Estado electoral por la vía de las acusaciones de un fraude sin sustento.

Todo esto, finalmente, ocurría en un país históricamente desigual y al cual la pandemia venía de zarandear como a ningún otro en el mundo. En síntesis, con Castillo ya instalado en el poder, el Perú contaba con un contexto más que propicio para que cuajara un proyecto populista desde el Estado.

Pero no ocurrió. Ni tenía cómo ocurrir. Varias cuestiones han sido fundamentales para esto. En primer lugar, comparado con los líderes populistas exitosos, Castillo fue uno impopular. Parece un oxímoron, pero no lo es: el populista impopular.

Cuando se realizó la primera medición de aprobación presidencial de Hugo Chávez este tenía un respaldo casi unánime en Venezuela: 91.9 % de la población. Para Evo Morales la cifra fue de 79 % y en el caso de Rafael Correa, 71 %. En cambio, Pedro Castillo debutó con el 38 % de apoyo popular.<sup>20</sup> Y ese fue su punto más alto.

Sí Castillo puso en escena el populismo del que ya he hablado, también dejó en claro que su gestión estaría definida por la ineptitud gubernamental y la corrupción. Para ilustrar lo primero queda para

<sup>19</sup> El desarrollo de este párrafo y la manera en que la elección de Castillo propone una lectura sobre el *nation-building* peruano que no encuentra una lectura opuesta desde la derecha está en mi artículo «An eruption of history in Peru's bicentenary», *Current History*, febrero de 2022.

<sup>20</sup> Datos proporcionados por el politólogo Rodrigo Barrenechea.

la posteridad las imágenes de la juramentación de su primer gabinete, una ceremonia rocambolesca y semiclandestina en la cual nunca aparecieron ni un ministro de Economía ni de Justicia.

Era tal el caos dentro de la coalición de gobierno que saltaron a la cancha gubernamental ¡sin ministro de Economía! Junto a esto, desde el primer día, el Gobierno transparentó que sus gabinetes proveerían de lo que los peruanos llaman «una repartija». Se nombraría a uno u otro por criterios de cuotas entre diferentes grupos políticos, sindicales y familiares. De hecho, el primer canciller de Castillo, Héctor Béjar, quien permaneció en su puesto apenas un par de semanas, afirmó que el Gobierno era una «una combinación de familiares, amigos de familiares, gente que ha hecho favores de distintos tipos...».<sup>21</sup>

Durante el primer año de gestión estas tendencias se profundizaron y Castillo una y otra vez le comunicó implícitamente al país que no enmendaría. Nombró sin asomo de arrepentimiento decenas de funcionarios con antecedentes criminales y a muchos otros que carecían de las más mínimas competencias para los cargos. Por cierto, es bueno enfatizar que el clientelismo y la corrupción nunca han sido un impedimento para la consolidación del populismo. De hecho, la frase famosa «roba pero hace obra» se origina en Adhemar Barros, gobernador de São Paulo y pionero del populismo en los años treinta, quien fue popularísimo con el aforismo que sus propios partidarios repetían: *rouba mas faz*.

Los peruanos, en cambio, notaron que lo de su presidente y entorno era robar y punto. La fiscalía encontró 20 000 dólares en billetes en un baño del Palacio de Gobierno que pertenecían a su mano derecha, Bruno Pacheco, y a los pocos meses todo indicaba que los

<sup>21</sup> La República. Béjar sobre cargos en Gobierno: «El 50 % son familiares de Castillo o cuadros de Perú Libre». Agosto 31, 2021

colaboradores más cercanos de Castillo constituyeron una mafia para lucrar desde el Estado.

Un año después de asumir el poder, varios de sus familiares estaban prófugos de la justicia así como varios de sus ministros y asesores más cercanos.

Mientras las pruebas de corrupción se amontonaban, el presidente evidenciaba no tener idea de cómo gobernar. Los ministros y gabinetes se apilaron sin ton ni son: entre el 29 de julio de 2021 y diciembre del 2022 hubo más de setenta cambios de ministros, incluyendo siete en el ministerio del interior, cinco cambios de canciller, tres ministros de economía, etc... Como afirmó el periodista Mirko Lauer, Castillo «ha nombrado ministros que no parece haber visto jamás en su vida, para ocupar carteras sobre las que nunca había oído hablar. Quizás a alguno lo despidió sin haberlo conocido nunca».<sup>22</sup>

De esta manera, la gestión de Castillo fue una mezcla cotidiana de desgobierno y corrupción. Al final de su primer año la aprobación presidencial era de 28 %. Es decir, había fracasado en construir la popularidad que permite redibujar las identidades políticas de los países. O, para decirlo de otra manera, nunca pudieron construir el *castillismo*.

En el Perú nadie es *castillista* y pasado el tiempo se esfumarán en la lista de presidentes sombríos y deshonestos que siempre han poblado la política peruana. Para cualquiera es un resultado triste, pero para el redentor que iba a conjurar cinco siglos de opresión la situación adquiere un patetismo adicional. Y esto, insisto, a pesar de que el país contaba con los elementos contextuales que favorecen el populismo: polarización electoral, desigualdades sociales, crisis pospandemia y un *outsider* tomando el poder en medio de un sistema de partidos inexistente.

<sup>22</sup> Lauer, Mirko, «Me robaron la cartera», en *La República*, 8 de febrero del 2022.

Para defenderse de las críticas y procesos judiciales que retrataban a su gobierno como uno inepto y corrupto, Castillo, su primer ministro Aníbal Torres y sus aliados redoblaron su apuesta populista. En ceremonias transmitidas por la televisión estatal se despachaban contra los medios, críticos e instituciones, que estarían guiados por el racismo y la intolerancia. En clave populista indudable, Torres afirmó que estaban dispuestos a dar la vida por defender la democracia; el presidente aseguró que «si tiene que correr mi sangre por la calle lo voy a hacer». Eso sí, nada de desvirtuar las evidencias de ladronerías.

Al mismo tiempo procuraban energizar a cualquier tipo de base social que podría salir en defensa de Castillo. No solo eso, en alguna conferencia de prensa se dirigió al «pueblo» y aseguró que los ministerios estarían abiertos para quienes defiendan al Gobierno, en una promesa malamente disimulada de clientelismo elemental. Pero fue en vano. Jamás cuajó el castillismo. Es decir, si regresamos a la definición de Jan-Werner Muller del populismo como la construcción de una identidad política, Castillo y su *entourage* fallaron en lo más importante.

¿Por qué fracasaron? Curiosamente, no se debió a la institucionalidad democrática peruana sino a la pura mediocridad castillista. Es decir, las instituciones democráticas peruanas están en hilachas hace mucho y mal podrían resistir el embate de un populista de amplia aceptación; la oposición a Castillo carecía de popularidad y legitimidad; y la sociedad civil yacía inmóvil sin saber cómo comportarse cuando los ladrones y abusivos son de izquierda.

Sin embargo, a diferencia de los populistas exitosos, Castillo no pudo generar la imagen de estar preocupado por el país, de estar abocado al bienestar general. El Gobierno mostró una disposición indisimulada y voraz por los recursos públicos, sin ninguna consideración por el bien común. Tal vez el ejemplo más elocuente fue el

nombramiento como ministro de Salud de un charlatán en un país que venía de ser arrasado como ningún otro por la pandemia de la COVID-19. Pero el sujeto —que se hizo conocido como el Dr. Agüita, porque vendía «agua arracimada», una estafa hecha brebaje «médico»— era la cuota del partido que había llevado al poder a Castillo.

Al final, el discurso populista dejó de ser una herramienta para el cambio —como en los populismos exitosos— para ser una coartada victimista según la cual el presidente no estaba involucrado en innumerables actos de corrupción, sino que las élites malvadas rechazaban a un presidente humilde y campesino. Pero casi nadie compró el embuste. Castillo fue incapaz de asumir sus responsabilidades, rehuyendo todo contacto con la prensa e intentando en más de una ocasión obstruir la acción de la justicia. Se presentó una y otra vez cual si fuera el personaje de una novela indigenista del siglo XIX, como una «ave sin nido». Su objetivo principal fue despertar lástima. Pero a ojos de la ciudadanía se hizo evidente que era un pillo sin entereza. Lo cual es doloroso en el país de Saturnino Huilca, Hugo Blanco o Zózimo Torres, por nombrar algunos líderes sindicales y campesinos con una inteligencia, dignidad y responsabilidad que Castillo no comprendería.

Ahora bien, a la base de esta deshonestidad general, Castillo y su gobierno presentaba un problema más elemental. Su condición de «periférico multidimensional» (la caracterización es de Barrenechea y Encinas) lo hacía incompetente para el cargo de presidente.<sup>23</sup> El presidente no tenía ninguna experiencia política y su ignorancia se ha hecho explícita más de una vez.

El lector no peruano puede que no calibre la dimensión de lo que estamos aquí refiriendo, pero difícilmente haya habido en la his-

<sup>23</sup> Barrenechea, Rodrigo, y Daniel Encinas. «Perú 2021: Democracia por defecto». *Revista de ciencia política (Santiago)*. AHEAD (2022).

toria latinoamericana un presidente menos preparado que Pedro Castillo. Solo por poner algunos ejemplos: alguna vez llegó a la sede del Poder Judicial porque creía que ahí encontraría al ministro de Justicia; en otro momento, ante cámaras y micrófonos, elaboró sobre la guerra entre Rusia y Croacia; cuando le preguntaron por las relaciones con Santiago (de Chile), pensó que se trataba del nombre de alguien y afirmó que todo iba bien con «el hermano Santiago»; a la pregunta sobre qué era un monopolio no pudo responder nada con alguna coherencia; cuando en Nueva York le consultaron si el Perú brindaba seguridad a los inversionistas extranjeros respondió como si la pregunta aludiera a la delincuencia callejera. Los ejemplos son legión. Se trata de un presidente que probablemente ni siquiera comprendía los rigores del cargo ni posee las habilidades cognitivas para entender los desafíos que lo rodeaban.

Entonces, la retórica populista no consiguió opacar lo principal: que se trataba de un gobierno de pillos ineptos. Y en cualquier parte es imposible que una política de la pillería incapaz despierte simpatías y, menos aún, una identidad política, aunque esté aliñada con populismo. Hacia el final de su mandato, cuatro de cada cinco peruanos rechazaba al Gobierno y ese rechazo no lo cosecha nadie. Pese a ello, una encuesta aseguraba, por la misma época, que el político peruano más popular es el propio Castillo con 6 %. El desagrado popular con los políticos es de amplio espectro.

Finalmente, frente a este orden de cosas, el Gobierno fue incapaz también de plantear una ruta viable para ir hacia una asamblea constituyente que preparase una alternativa a la constitución vigente de 1993. Sobre este punto es pertinente citar al propio presidente Castillo cuando, en una de las tres entrevistas que ha brindado durante su presidencia, fue inquirido respecto de lo que debería contener la nueva constitución:

Bueno, que se le dé espacio a los hombres de abajo, que se incluya a las comunidades nativas, para darles agua, para darles luz, para darles teléfono, para darles virtualidad, para que ya no estén más pobres, para una verdadera descentralización.

Ante esta breve, gaseosa e improvisada respuesta, el periodista replicó que nada de eso requería una nueva constitución y le pidió alguna razón adicional que hiciera a la nueva constitución una prioridad, ante lo cual el presidente respondió:

¿Cómo ponerla?... como decir que deje de ser un servicio el agua, la luz y la salud, ¿no?, la educación.<sup>24</sup>

Para ser la demanda más importante de su plataforma política uno esperaría que pueda elaborar algo más que estas breves incoherencias. El punto es que con ese nivel de precariedad política e intelectual es imposible que prospere cualquier tipo de proyecto, de derecha o de izquierda, democrático, autoritario o populista. Y más aún si es que el presidente reafirmaba con sus dichos y decisiones que no tiene voluntad de convocar actores con alguna competencia. Y, así, tras poco más de un año en el poder, Castillo dio lugar al extraño caso de un populismo intrascendente.

Sin popularidad, no pudo crear una identidad ni puso en marcha los mecanismos institucionales que permiten la “sostenibilidad del populismo”.<sup>25</sup> Lo cual es distinto a afirmar que su presidencia no generase consecuencias. Las tiene y son funestas para una institucionalidad pública que fue corroída por una rapiña que llegó, como en

<sup>24</sup> Entrevista de Fernando del Rincón en la cadena CNN, 25 de enero de 2022.

<sup>25</sup> Barrenechea, Rodrigo, y Jason Seawright. *Populism and the Politics of Identity Formation in South America*. En Eds. Steve Levitsky, Deborah Yashar, y Diana Kapiszewski, *The Inclusionary Turn in Latin American Democracies*. Cambridge University Press, 2021.

la canción de Luis Eduardo Aute, con hambre atrasada. El punto que hago, sin embargo, es que esas son las consecuencias de la ineptitud corrupta, no de la vocación antipluralista del populismo.

### (Re)consideraciones finales

En un texto clásico sobre la Revolución mexicana, el historiador Alan Knight criticaba a los académicos que le negaban su carácter revolucionario por no cumplir con una serie de metas que provenían de la teoría marxista: no había dado lugar al socialismo, no había sido liderada por el proletariado. Entonces, la rebajaban a la categoría de mera revuelta o rebelión. Y Knight señalaba que se trataba de una revolución democratizante y que no debía ser evaluada contra las expectativas de cierta familia ideológica sino con otras revoluciones y con lo que sus progenitores habían querido de ella.<sup>26</sup>

Pues bien, a esta altura del artículo me siento un poco como esos historiadores que Knight fustigaba. ¿Cada populista busca o debe buscar la construcción de identidades políticas que le permitan alterar a su favor la correlación de fuerzas políticas en su país e institucionalizar el populismo? O de otra manera: ¿es el conocimiento teórico que he utilizado en este artículo el que debe determinar si Pedro Castillo encarna un populismo exitoso o fracasado?

Quizás no enteramente. Me queda claro que Castillo y la izquierda que lo rodeó creyeron por poco tiempo que podía construir esa opción populista. El discurso de toma de mando y la presión para que convocara a una asamblea constituyente prueba que esto mero-deó al gobierno, sobre todo, en sus inicios. Pero abortaron la misión.

<sup>26</sup> Knight, Alan. «The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? Or Just a 'Great Rebellion'?». *Bulletin of Latin American Research* 4, núm. 2 (1985): 1-37.

Y, por tanto, quizás antes que evaluar al presidente Castillo contra la teoría del populismo y contra los casos exitosos de populismo, en realidad habría que contrastarlo contra sus propias expectativas. Expectativas enraizadas en la desalmada política peruana contemporánea. Si recalibrámos nuestro lente en esa dirección, lo que toca es considerar que Castillo se propuso sobrevivir en un sistema político en el cual tres de los últimos cinco presidentes dejaron su cargo antes de lo previsto.

Una jungla habitada por sicarios y traidores, donde cada día se ventilan las amenazas de disolución congresal y de vacancia presidencial. Si esto es así, las estrategias populistas de Castillo habría que entenderlas como unas abocadas a sobrevivir en esta ciénaga darwinista y no a procurar ningún cambio de carácter populista en el país. Bajo ese ángulo, Castillo y su gente habrían leído bien la realidad política nacional y estarían haciendo su negocio. Por lo menos, mejor que su primitiva oposición. Porque el discurso populista fue útil para que su aceptación no cayera debajo de 20 %, fidelizando a su electorado rural original, mientras que la distribución de puestos de trabajo y de obras públicas a diversos partidos en el Congreso bloqueó durante casi todo su mandato la posibilidad de una vacancia en su contra.

Cuando Castillo asumió el poder el consenso era que estaba desahuciado. Corrían las apuestas respecto de cuándo sería vacado y era moneda corriente oír que pronto «caería solito». No fue así. Se mantuvo al mando del Ejecutivo durante dos años y tres meses, y el Congreso solo consiguió vacarlo luego de un fallido intento de golpe de Estado. No fue un gran triunfo si se le compara con una democracia funcional, pero fue mucho más de lo que se le vaticinó. El más elemental de nuestros presidentes logró, durante un tiempo y en contubernio de facto con varios sectores del Congreso, organizar el caos.

En un país que en los últimos seis años había tenido cinco presidentes y siete procesos de vacancia presidencial puede que, antes

de su vacancia final, Castillo no estuviese triste por seguir una senda diferente a la de Chávez, Morales o Correa, sino satisfecho de haber labrado un equilibrio inestable. ¿Hubiera podido estirarlo hasta el 2026? Como dijo alguien, en el Perú todo es difícil pero nada es imposible.

Lo que sí estaba claro es que si el gobierno terminaba desplomándose antes del 2026 resultaba que estábamos en realidad frente a tácticas populistas que resultaron inútiles tanto para institucionalizar el populismo como para sobrevivir en la política peruana. O sea, ante un populismo doblemente intrascendente.

### *Post scriptum*

Al final, como sabemos ya, resultó efectivamente un populismo doblemente intrascendente. El 7 de diciembre del 2022 terminó la presidencia de Pedro Castillo. En la mañana de aquel día, el presidente se dirigió a la nación para dar un golpe de Estado cuyos objetivos, motivaciones y contenido aparecen a lo largo de este artículo. Como las pruebas de corrupción en contra del presidente se habían amontonado, la vacancia era cada vez más plausible. Ante esta situación el presidente inepto y *amateur* entró en pánico y, rodeado de un ministro de Justicia bordeando la senilidad y de una primera ministra de 33 años que nunca había tenido un cargo de elección pública previamente, decidieron romper el orden constitucional.

Este trío de caricatura creyó que podría someter al país entero. Intentar este delirio se apoyaba en otro elemento característico: el radicalismo. En el discurso de golpe de Estado anunciaron que gobernarían por decreto y que, además, convocaban a la soñada Asamblea Constituyente. Así, murieron como vivieron, movilizados por la corrupción, la ineptitud y el radicalismo.

El Congreso no tuvo dificultad en destituir a un golpista flagrante. Asumió la presidencia su vicepresidenta Dina Boluarte, la cual en apenas unas semanas degradó aún más la política peruana. Como buen ejemplar de una política de novatos oportunistas y con debilidad por lo delincuencial decidió disfrutar la lotería que el azar le había entregado, aun cuando el país casi por completo reclamaba elecciones anticipadas. Como era fácil de prever, las protestas se multiplicaron y, pronto también, los asesinados por balas de la Policía y el Ejército.

Los meses de gobierno de Boluarte han dado lugar a un rencor profundo en el sur peruano que votó por ella y por Castillo, pero que la presidenta y sus aliados han despreciado con una decisión que no se veía hace décadas.

Así, hemos pasado del presidente populista e intrascendente a la presidenta autoritaria y estéril. Porque ella y sus aliados (su primer ministro Alberto Otárola, el Congreso de la República y sus escasos —pero ricos— valedores) no tienen ningún proyecto para el país. Es el autoritarismo por el autoritarismo. Una coalición de precarios bandoleros (que saben que una vez que pierdan el poder deberán responder por crímenes de todo tipo) sostenida por empresarios asustados hasta el delirio con el fantasma del comunismo.

Prefieren la barbarie a una democracia en la que otro Castillo podría despuntar. Y así, el país se precipita hacia nuevos sótanos. Según datos recientes, el Perú es el país de América Latina con más «nuevos pobres» tras la pandemia. Para el 2023 ningún pronóstico económico entrevé que el Perú supere el 2 % de crecimiento económico.

Tiene poco de extraño: nadie ha visto surgir el desarrollo de los balazos indiscriminados. Es decir, el proyecto de la coalición en el poder es asegurar la pobreza y el subdesarrollo peruano. Pero, eso sí, libres de comunistas llegados de la sierra.